

Claudio Magris

A ciegas

Traducción de J. Á. González Sainz



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Querido Cogoi, a decir verdad no estoy seguro, por más que haya sido yo quien lo escribiera, de que nadie pueda contar la vida de un hombre mejor que él mismo. Claro que esa frase tiene un signo de interrogación; es más, si no recuerdo mal —han pasado ya tantos años, un siglo entero, el mundo aquí alrededor era joven, un amanecer húmedo y verde, aunque ya era una prisión—, lo primero que escribí fue precisamente ese signo de interrogación, que afecta a todo lo demás. Cuando el doctor Ross me incitó a redactar esas páginas para el anuario, me hubiera gustado —y hubiera sido honesto— mandarle un montón de folios con un signo de interrogación como una casa de grande y nada más, pero no quise ser grosero con él, tan benévolo y amable siempre, a diferencia de otros, y además no se trataba de irritar a una persona que puede hacer que te quedes sin un buen enchufe, como la redacción del almanaque de la colonia penitenciaria, y que te envíen al infierno de Port Arthur, a que te crucen la espalda a zurriagazos con el látigo de nueve tiras si, extenuado por todos aquellos pedruscos y por el agua helada, te sientas tan sólo un instante en el suelo.

Así que puse entre signos de interrogación sólo la primera frase, y no toda mi vida, mía, suya, de quien sea. La vida —decía Pistorius, nuestro maestro de gramática, acompañando con ges-

tos circulares y sosegados las citas latinas en aquella aula pintada de un rojo que por la tarde se ensombrecía y apagaba, brasas de la infancia que ardía en la oscuridad— no es una proposición ni un aserto, sino una interjección, un signo de puntuación, una conjunción, como mucho un adverbio. En cualquier caso, nunca una de las así llamadas partes principales de la oración —¿Está seguro de que decía realmente eso? Ah..., sí, doctor, es posible, tal vez no fuera él quien usara esta última expresión, debió de ser la maestra Perich, luego Perini, en Fiume, pero más tarde, mucho más tarde.

Por lo demás, esa pregunta inicial no se puede tomar en serio, porque contiene ya su más que sabida respuesta, como las preguntas que se hacen a los fieles en un sermón, alzando el tono de la voz. «¿Quién puede narrar la vida de un hombre mejor que él mismo?» Nadie, desde luego, parece que se oye el murmullo de la gente que responde al predicador. Si hay algo a lo que me he acostumbrado, es a las preguntas retóricas, desde que, en la cárcel de Newgate, escribía los sermones para el reverendo Blunt, que me pagaba medio chelín por cada uno de ellos y mientras tanto jugaba a las cartas con el guardián, esperando a que fuera a jugar yo también, así recuperaba muchas veces aquel medio chelín —no tiene nada de raro, estaba allí dentro también porque lo había perdido todo en el juego.

Pero por lo menos allí, en aquel calabozo, mientras escribía ante aquellos muros cochambrosos, era yo quien formulaba aquellas falsas preguntas, aunque fuera luego el reverendo el que se desgañitara con ellas desde el púlpito, mientras que en otras partes, por todos los lados, antes y después, durante años y más años y per saecula saeculorum me las han gritado en los oídos. «Así que toda aquella marimorena de Islandia la armaste tú solito, así, por amor a aquella pobre gente raquítica y tiñosa, sin que nadie te echara una mano para poner patas arriba todo el orden de los mares de Su Majestad, verdad, entonces escuchaste sin pensar que estabas allí en fila con los demás escuchan-

do el discurso del nuevo comandante del penal», y venga zurriagazo va y zurriagazo viene con el látigo de nueve tiras, «así que no reconoces esa cara de comunista, no la has visto nunca y esas octavillas te las encontraste en el bolsillo por puro milagro», y venga palos y puntapiés, «entonces no eres un espía, un traidor que ha venido a sabotear, haciéndose pasar por un camarada, la Yugoslavia libre y socialista de los trabajadores, a lo mejor eres un cerdo fascista italiano que quiere recuperar Istria y Fiume», y venga con la cabeza en el agujero del retrete o a correr lo más rápido posible entre las filas de los presos, que mientras pasas delante de ellos tienen que apalearte lo más fuerte que puedan y gritar «¡Tito Partija, Tito Partija!» –pero de dónde vienen todos estos gritos, qué ruido es ése, ya no oigo nada, de quién es este oído ensordecido aturdido que ya está fuera de combate, debe de haber sido un garrotazo y si alguien lo ha atizado alguien ciertamente lo habrá recibido, yo o bien otro.

Bueno, ya pasó, el alboroto se atenúa. También era ésta una pregunta retórica; es mi oído, éste, ya que usted, doctor Ulcigrai, se agacha hacia el otro, el izquierdo, cuando me pregunta «Así que tu verdadero nombre es Jorgen y esto lo has escrito tú», mostrándome el viejo cartapacio que encontré en aquella librería de Salamanca Place. Al menos usted no levanta las manos, es más, es amable, no se ofende cuando le llamo Cogoi, ni siquiera insiste en las preguntas. Si me quedo callado, me deja en paz, pero mientras tanto me lo ha preguntado y es inútil, porque usted ya conoce la verdad, o bien cree conocerla, lo que viene a ser lo mismo, y en cualquier caso conoce ya mi respuesta, cuando le contesto –si no, me la sopla, me la pone en la punta de la lengua.

Una respuesta firme y segura, en lo esencial; a veces, lo admito, un tanto confusa en los detalles. Pero cómo no iba a serlo con todo este ir y venir, con todas las cosas que se encalban, años y países y mares y cárceles y rostros y hechos y

pensamientos y más cárceles y jirones de cielos en el crepúsculo de los que la sangre mana a borbotones y heridas y fugas y caídas... Y la vida, tantas vidas, que no es posible mantenerlas juntas. Sobre todo a uno, extenuado por los interrogatorios sin tregua, le resulta mucho más difícil poner las cosas en orden, muchas veces no reconoce ni su voz ni su corazón. ¿Por qué cada cierto tiempo, moviendo adelante y atrás esa cinta, me hace repetir sus preguntas? Quizá para imprimírmelas mejor, ya entiendo, es verdad que a veces me pierdo, pero así, oyéndole a usted hablar con mi voz, me pierdo todavía más. En cualquier caso, cuanto más te interrogan, menos sabes qué responder –cae uno en contradicciones, dicen, y te ponen todavía más contra las cuerdas, por las buenas o por las malas, según el oficio que tengan.

No sé muy bien lo que quiere decir contradicción, pero lo que sí sé es que se cae en ella, eso está fuera de dudas. Y se desaparece, virtutas absorbidas por remolinos de agua en el sumidero –aquí en el hemisferio austral el agua de la bañera gira en torno al agujero en sentido contrario a las agujas del reloj, en cambio en nuestra tierra, allí abajo, es al revés, en el sentido de las agujas. Se trata de una ley física, según he leído, les llaman las fuerzas de Coriolis –admirables simetrías de la Naturaleza, danzas en las que una pareja se adelanta mientras la otra retrocede, ambas hacen una reverencia cuando les toca su turno y el ritmo del baile no cesa. Uno nace y otro muere, una línea de infantería en la colina es acribillada a cañonazos, y otros uniformes y banderas están ya poco después de nuevo en lo alto de la colina, una descarga los acribilla a su vez. «Así que las cuentas acaban saliendo...» Sí, debe y haber, victoria y derrota, el baño penal en Goli Otok y luego los baños de mar en aquellas mismas maravillosas playas de la isla adriática, el comunismo que nos liberó del Lager y nos metió en un Gulag donde resistimos en nombre del compañero Stalin que entretanto metía a otros compañeros nuestros en los Gulag.

«Las cuentas acaban saliendo y aunque la sangre manche los libros mayores, no borra las cifras ni el cero final, la equivalencia de activos y pasivos.» Si hay alguien que puede decirlo ése soy yo, que me he pasado un montón de años en la cárcel en la misma ciudad que había fundado, con sus primeras casas, su iglesia e incluso su cárcel, hace muchos años, cuando en este inmenso estuario del Derwent, en el que no se sabe dónde acaba el río y dónde comienza el mar, en este inmenso vacío en el que no hay nada hasta la nada de la Antártida y el Polo Sur, no había más que cisnes negros y ballenas que no habían sentido clavarse nunca un arpón en su dorso y manar una sangre tan alta como el agua que echan por las narices. La primera ballena la arponeé yo, Jorgen Jorgensen, rey de Islandia y condenado a trabajos forzados, constructor de ciudades y de cárceles, de mi cárcel, Rómulo que acaba como esclavo en Roma. Pero todos estos remolinos de viento que dispersan el polvo de los muertos y los vivos no tienen mucha importancia. Lo decisivo es que a sus pleonásticas preguntas, doctor Ulcigrai, yo pueda responder netamente por lo que respecta a lo esencial, porque sé quién soy, quién era, quiénes somos.

¿Qué quiere decir ese «Si lo sabré yo», esto es, usted? Sí, ya entiendo, está convencido de ello. Toda la verdad está en ese cartapacio metido en el archivador –no ha sido difícil sacarlo sin llamar la atención, precisamente delante de sus mismísimas narices. Un juego de niños para quien se ha pasado la vida siendo espiado, perseguido, fichado, registrado, en la comisaría, en el Lager, en el hospital, la Ovra, la Guardia Civil, la Gestapo, la Udba, el penal, el Centro de Salud Mental, y hay que hacer que desaparezcan cada vez los papeles. Incluso comiéndoselos, si hace falta; en cualquier caso enredar en ellos, antes de que te pillen. Ahora la carpeta está de nuevo allí, sacada y vuelta a poner en su sitio sin que nadie se haya dado cuenta de nada. Total esos papeles ya no los miráis, desde que os habéis vuelto tan modernos y os basta con apretar una tecla para saberlo todo.

En cualquier caso, mi expediente está en el archivo y en mi cabeza, aunque sea aquél el que pretenda contener y explicar mi cabeza. Centro de Salud Mental de Bárcola, resumen del historial clínico de Cippico –también Cipiko, Čipiko–, Salvatore, ingresado el 27 del 3 de 1992, tras un previo internamiento de urgencia un mes antes. Será verdad. Ha pasado tanto tiempo... Repatriado desde Australia, con domicilio anterior provisional en casa de Antonio Miletta-Miletich en Trieste, calle Molino de Vapor, 2. Estupendo, os la he dado. Lo primero de todo es cambiar de nombre y dar una dirección falsa. Ellos tienen la manía de encasillarte de una vez para siempre, de meterte ya ahora en un verdadero nicho, nombre, apellido y dirección esculpido por la empresa de pompas fúnebres de una vez para siempre, y tú en cambio vuelves a barajar nombres, fechas, números –algunos los dejas así como estaban, con otros enredas un poco, así no entienden ya nada y no saben adónde ir a buscar. Me parece estupendo que se creen que estoy con la cabeza arriba allí arriba, en Bárcola, mirando hacia Istria al otro lado del golfo de Trieste, la catedral de Pirano y Punta Salvore, así aquí abajo, en las antípodas, a nadie se le ocurre ponerse a buscarme entre los que van cabeza abajo.

Nacido en Hobart Town, en Tasmania, el 10 del 4 de 1910. Si lo decís vosotros. Viudo –error garrafal. Casado. El matrimonio es indisoluble, le importa un pito la muerte, la suya y la mía. Profesión habitual, ninguna –una sí, a decir verdad, detenido. E interrogado. En el pasado desempeñó diversos oficios. En Australia consta que trabajó como tornero, después como tipógrafo en la tipografía del Partido Comunista de Annandale, Sidney, y como periodista en el *Risveglio* y en *Riscossa*, de la misma ciudad. Inscrito en la Liga Antifascista de Sidney desde 1928 y en el Círculo Matteotti de Melbourne, activista militante, implicado en los enfrentamientos de Russell Street de Melbourne en 1929 y en Townsville en 1931. Fue expulsado de Australia en el 32 y regresó a Italia, donde ya había

vivido de niño con su padre, entre el final de la Primera Guerra Mundial y la llegada del fascismo. Con qué cara de satisfacción está leyendo, doctor, ni que se tratara de cosas tuyas, ni siquiera se da cuenta de las tachaduras y los retoques.

El mérito es suyo, más que mío; soy un poco torpe manejando ese trasto, con todas esas teclas, y si no me hubieran dicho que se llama PC, como el otro, ni siquiera lo habría intentado. Psicoterapia informática, nuevos tratamientos tecnológicos para los trastornos psíquicos. Así es mucho más fácil forzar un fichero. Basta algún que otro golpecito en un par de teclas, en lugar de tantas gaitas para distraer al dragón y robar el tesoro, y eres tú el que entras dentro de la ficha, en tu vida, y la mangoneas e inventas a placer. Bueno, sólo alguna modificación de fechas y de lugares y algún nombre camuflado, retoques modestos, no era cuestión de abusar y además tampoco hubiera sido capaz. En cualquier caso, no tengo demasiadas objeciones que ponerle a esa ficha mía. Así que...

Trabajó algún tiempo como empleado en los astilleros de Monfalcone y en la sociedad marítima Sidarma. Despedido tras su detención por propaganda y actividad antifascista. Militante del partido comunista clandestino. Detenido en diversas ocasiones. Confirmando. Participó en la guerra civil española. Militar en Yugoslavia; partisano después del 8 de septiembre. Deportado a Dachau. En el 47 emigró junto a los dos mil «monfalconeses» a Yugoslavia para construir el socialismo. Trabajó en los astilleros de Fiume.

Tras la ruptura entre Tito y Stalin, arrestado por los yugoslavos como cominformista y deportado en el 49 al Gulag de Goli Otok, la Isla Desnuda, o Calva, en el Cuarnero. Sometido, como los demás, a trabajos inhumanos y extenuantes, vejaciones y torturas. Es probable que se remonten a esa época sus trastornos delirantes y sus acentuadas manías persecutorias. Ya me gustaría verle a usted, doctor Ulcigrai, después de un tratamiento como aquél, Dachau y Goli Otok, terapia intensi-

va, doble dosis. Personas a las que informar, ninguna. Exactamente, a nadie. Además sería peligroso si hubiera alguien informado sobre mí –tarde o temprano todo el mundo acaba por irse de la lengua, a lo mejor convencido de estar haciendo algo bueno, porque le han dicho que eres un enemigo del pueblo, un traidor.

En 1951 emigró a Australia. De constitución particularmente robusta. Cicatriz como resultas de una tuberculosis ósea contraída en Dachau. Otras cicatrices en distintas partes del cuerpo. Tendencia mitómana a exagerar sus propias adversidades. Qué fácil es decirlo para quien no ha estado un solo día enchironado. Ideas paranoides –claro, después de haber estado en todos los Lager de la tierra tengo la manía de creer que me persiguen. Obsesionado por la deportación a Goli Otok por obra de los yugoslavos en 1949. Tal vez se pregunte usted por qué esa obsesión, otra estupenda pregunta retórica...

De todas formas esas preguntas retóricas –debe de haber sido el reverendo Blunt el que me dijo que se llaman así– me gustan, porque enseñan que no hay nunca respuesta a las preguntas, a menos que uno no la tenga ya en la cabeza y se la dé él mismo, como hace usted a menudo poniéndomela en la punta de la lengua, pero entonces es inútil seguir preguntando nada. Y sin embargo tal vez no; sienta bien oír lo que ya se sabe como respuesta; es sólo la propia voz lo que se oye, como cuando allí arriba en la gavia se grita al viento. El grito se pierde en el mar, lo que has gritado no lo oyes más que tú, pero no estás muy seguro de que sea tu voz, a lo mejor una ráfaga de viento te ha traído la de otro, chillada desde lo alto de otro barco que ha desaparecido más allá del horizonte, como vi desaparecer a tantos en los años que pasé por todos los océanos; el barco surca rápido los mares y deja atrás las voces que suben de la cubierta y la bodega, pájaros que revolotean en la popa y luego se quedan atrás perdidos. Durante un rato todavía distingues las voces, luego es un griterío indistinto, el viento te da en la cara y

las alas de los pájaros te chirrían dentro de los oídos, voces, gritos, palabras, toda una chusma salvaje y flagelada dentro de tu cabeza.

Sea de quien sea, una voz es de todas formas un consuelo tras horas y más horas de soledad en un sombrío y fétido calabozo o allí arriba en la gavia, entre los golpes de mar que se lanzan para arriba, sordos y espumosos cañonazos contra las murallas de las nubes. Ya se puede gritar todo lo que se quiera, solos o muchos a la vez –no, no se está nunca solo, siempre tienes a alguien allí encima de ti–, pero nunca te responde nadie cuando pides algo de lo que necesitas. Todos mudos, como Sir George, que se calla cuando le suplico que presente en Londres mi solicitud de gracia, después de tantos años de colonia penitenciaria aquí abajo.

Incluso cité a Aquiles y a Agamenón –que, como leí en aquel escrito mío, saco a relucir diciendo que sólo los reyes y los héroes de su talla tienen necesidad de un Homero para cantar sus gestas– para impresionar al Gobernador y a los de la Compañía de la Tierra de Van Diemen. Tienen que metérselo en la cabeza, y recordarlo, que no sólo sé manejar el hacha para arreglar un remo o para abrir caminos en la selva –y mejor que muchos otros presidiarios–, sino también la pluma; es verdad que me embarqué a los catorce años en un *collier* inglés que llevaba carbón de Newcastle a Copenhague y me pasé cuatro años navegando entre Londres y el Báltico, pero leer libros los he leído –y también escrito–, y conozco a los antiguos tal vez mejor de lo que nuestro capellán Bobby Knopwood conoce la Biblia.

Pero con esta gentuza es trabajo perdido. Los únicos libros que saben leer son los libros mayores de la Compañía, con los pingües beneficios de su monopolio, y los registros del Almirantazgo. El compañero Blasich –el profesor Blasich, profesor del instituto– era un sinvergüenza y me envió creo que adrede a aquel infierno de Goli Otok, pero al menos, con su griego y su latín, sabía apreciar la cultura; por lo demás el Partido ha admi-

rado siempre y enseñado a admirar a los intelectuales, incluso cuando les tapaba la boca quién sabe si para siempre. Pero qué tiene que ver ahora, por qué me pregunta por Blasich, ésa es otra historia, qué tengo yo que ver, déjeme respirar, no me enrede, que ya tengo bastante conmigo, como todos, por lo demás...

Déjeme terminar, estaba hablando de Aquiles y Agamenón, que para el recuento de sus hazañas tienen a un Homero a su alcance, mientras que yo tengo que hacerlo todo solo, vivir combatir perder y escribir. Está bien que así sea. Sería indecoroso si ellos, entre batallas, apariciones de dioses y ruinas de familias y ciudades, se pusieran también a hacer el resumen de la jornada; sería lo mismo que pretender que fueran en persona a socorrer a los heridos y a enterrar a los caídos. Para eso tienen a los esclavos devotos de Esculapio y a los sepultureros, igual que tienen a quien les corta la carne para la comida, y también al aedo que canta a los postres y pone orden en su vida, mientras que ellos lo escuchan amodorrados por la somnolencia.

Eso es, la somnolencia es una cualidad real. Las cosas te resbalan amortiguadas, como si estuvieran detrás de una capa de nieve; haces lo que hay que hacer, incluso matar o morir, pero con despreocupación. Los ricos, los poderosos, son los que poseen esa bendita desidia, y nosotros, los condenados de la tierra, estamos aquí para hacérsela añicos, pero yo también poseo esa virtud soberana, y por eso todavía estoy aquí, entre todas las cosas que se me caen encima, desde siempre, desde que era niño, como el techo de la Sala de los Caballeros, las paredes y los aparatosos retratos envueltos en llamas en el incendio del Palacio Real de Christiansborg de Copenhague, y yo indiferente al fuego y a la destrucción, a la Torre Negra que se derrumba con fragor, a los tizones que me caen encima como una lluvia; niño, sí, pero ya regiamente letárgico en la algazara de la catástrofe, yo que luego reiné en Islandia durante tres semanas, indiferente incluso a la ridícula brevedad de mi reinado, rey sólo por esa somnolencia, que protegió mi corazón de la puntiaguda

hostilidad de las cosas... ¿Cómo? No, doctor, no se haga ilusiones, sus pastillas y sus frascos no tienen nada que ver, esta calma es mérito mío –y por lo demás, en cambio, galeote, marinero de baja leva, presidiario, condenado a aparejar las velas, a talar árboles en la selva, a romper piedras, recoger arena en el mar helado, escribir y...

Y esa gentuza pone en duda la sentencia con la que comienza mi autobiografía –que escribí sólo para ellos, porque me lo pidió el doctor Ross para el Almanaque de Hobart Town. Ese entrometido que nadie conoce y que, cuando nos lleváis a la sala grande y nos hacéis jugar delante de las pantallas, se divierte chinchándome con mensajes que se hacen eco de lo que digo, no responde nunca a mis preguntas, sino que sólo repite lo que digo. Ha repetido también esa frase y enseguida ha encontrado algo a lo que replicar. Ya se entiende que no es verdad, nadie puede contarse ni conocerse a sí mismo. Uno no sabe cómo es su voz; son los demás los que la reconocen y la distinguen. Es usted quien sabe cuándo soy yo el que habla, de la misma forma que yo le conozco a usted, a vosotros, a ellos, no a mí. ¿Cómo podría Aquiles narrar su cólera? Aquel delirio furibundo, para él, es algo que retuerce las tripas y hace que tiemblen los labios amoratados, como cuando se vomita porque el barco se bambolea sobre las olas o porque se ha bebido demasiado, como hacía mi Norah, cuando le daban permiso para salir de la colonia penitenciaria, en el Waterloo Inn, y no sólo allí –y también yo, lo admito, pero era mi mujer y la única forma que tenía de mostrar mi respeto por ella ante todos los que se carcajeaban en la taberna, porque ya sabían cómo iba a acabar cuando empezaba a beber, era emborracharme con ella. Unidos en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte os separe y aquél era nuestro camino, el camino que hacíamos juntos, un hombre y una mujer encadenados. Pero no sabría decir si cuando metía en vereda a aquella chusma era yo un hombre que lucha por su honor, plantando cara a la innombra-

ble indecencia de la desventura, o bien solamente un borrachín que no logra acabar sus frases y se esfuerza por responder en el mismo tono a toda aquella morralla que se mofa de él y le hace reverencias llamándole rey de Islandia.

Sí, doctor, ya hablaremos de esa historia islandesa, figúrese si no quiero hablar de ella, la historia más hermosa de mi vida. He visto que interesa mucho, son muchos, incluso en ese vídeo suyo, los que quieren oírla y quién sabe si repetirla a su modo. Fue al leerla cuando comprendí quién soy —al releerla, porque también la escribí. Ya lo sé, la escribió también Hooker, el gran científico que formaba parte de la expedición y me honró con su amistad, aunque, para decir toda la verdad, embrolló un poco las cosas a propósito de mis vicisitudes y falsificó la historia de aquella extraordinaria revolución —todo el mundo falsifica la revolución, borrones de rencor y mentira sobre quien ha intentado liberar el mundo. Así que he tenido que ser yo quien escribiera la historia verídica de aquellos hechos, mi historia —pero cada cosa a su tiempo, incluso Islandia, sin enredar los hilos, que ya bastante enmarañados están. Yo hago las cosas lo mejor que sé, pero es difícil meter en cintura a una multitud.

Ni yo mismo entiendo siempre lo que me pasa ni lo que se me ocurre, aunque deba coger la pluma continuamente para rectificar las inexactitudes y las mentiras que todos han escrito sobre mí, desde ese desconocido que se ha permitido volver a publicar mi libro sobre la religión cristiana como religión de la naturaleza, añadiendo de su cosecha una biografía mía la mar de calumniosa, hasta todos esos artículos venenosos, falsos, que aparecieron en la *Borba*, en la *Voce del Popolo*, y quién sabe dónde más. Ya sé, luego se arrepintieron, todos se arrepienten cuando ya no sirve de nada. Pero mientras tanto... Mentiras sobre mí, sobre nosotros. Que éramos agentes de Stalin, o fascistas encubiertos, y que no había sido el Partido el que nos mandó a Yugoslavia, el que nos dijo y nos hizo repetir que Tito era un traidor a la revolución, un vendido a Occidente. Y, cuando

volví de Goli Otok, muchos compañeros se hicieron los suecos; es más, se las apañaron para que nadie, por lo menos en nuestra zona, me diese un puñetero trabajo, y de ese modo me fui allí abajo, volví aquí abajo, desde el otro lado de la Tierra, a mi Tasmania. Se llamaba también Tierra de Van Diemen, pero eso era antes, en otra ocasión.

Al menos así me lo parece. No estoy seguro, aunque haya vuelto a poner en orden los hechos y las cronologías, aunque en resumidas cuentas haya escrito la historia verídica y fiel de mi vida y ahora, a medida que la escribo o la dicto a esa grabadora, cuando hablamos juntos, la vuelva a decir y a repetir. De todas formas para eso ya estáis vosotros, para apresarla en vuestra red y transcribirla como os salga de las narices en vuestras pequeñas pantallas y, es más, os doy las gracias por esa página o sitio que habéis querido dedicarme. No sé muy bien lo que quiere decir, pero me gusta la palabra sitio. «Tres marineros que se van a Egipto, / ¡oh!, qué hermoso sitio / que van a ver...» ¿Conoce esa canción? Se cantaba en nuestra tierra, hace tiempo. Si quiere se la canto, así la graba. Total luego escribís lo que os parece y como os parece; cuando aprieto las teclas como me habéis enseñado y me releo o me escucho, descubro siempre cosas nuevas. No, no me preocupo por eso, no se apure. Es más, por mí...

No es que me importe mucho si no consigo ver mi vida, de la misma forma que no consigo tampoco verme bebiendo y sermoneando en la taberna, en el Waterloo Inn. Cuando escribo, y también ahora que lo pienso, oigo como un vocerío, palabras entrecortadas que entiendo a medias, mosquitillas que vienen a zumbar en torno a la lámpara de la mesa y que tengo que espantar continuamente con la mano para no perder el hilo.

No es ninguna novedad, ¿no es así? Está incluso escrito en la ficha. Oye voces que le repiten lo que piensa. Es verdad, las oigo. Y usted no, doctor. Estereotipo, alucinado. Trastornos delirantes. No me impresiona, estoy acostumbrado a los insultos. Demuestra –demuestro– una inteligencia viva, pero con una evi-

dente disociación ideoaffectiva que perturba su orientación espacio-temporal, imágenes mentales que no logra situar en el marco de su experiencia existencial, sino que tiende a elaborar en una novela delirante. No es en absoluto reacio a contarla, tanto de viva voz, a la grabadora, como por escrito; a veces también en el ordenador que, con alguna ayuda y junto a los demás, durante las sesiones de psicoterapia informática, consigue usar un poco. Parece convencido de que está todavía en Australia y sobre todo de ser el clon de un tal Jorgen Jorgensen, un aventurero deportado y muerto en Tasmania hacia mediados del siglo XIX, del que dice ora haber leído, ora haber escrito la autobiografía —como si no se pudiera escribir y luego leer el mismo libro, vaya idea.

Y aun cuando la hubiera leído antes de escribirla, tampoco cambiaría nada. Es tan difícil establecer qué es lo que viene antes y lo que viene después, Goli Otok, Dachau o Port Arthur; el dolor siempre está presente, aquí y ahora. Tiene —tengo, tendría— la sensación de que no se le ha dicho la verdad acerca de su origen. Ya me gustaría verle a usted, doctor, si le dijeran cuándo y por qué empezó a ser un traidor, si pretendieran contarle lo que usted hizo y lo que quería hacer, sus delitos pasados y futuros, como aquellos tipos de la Udba pretendían explicarme a mí —incluso usted cree saber mejor que yo quién soy y quién no. Su, esto es mi, Historial Nosológico, N. Ref. 485, sí que es una buena novela...

No es que yo no tenga mis dificultades. Cuando en Newgate, en medio de toda aquella morralla de ladrones y asesinos —pero desde el primer momento me ganó el respeto, no por nada había visto ya la muerte y la había infligido en la cubierta del *Admiral Jhul* o del *Surprize*, bajo bandera danesa y bajo bandera inglesa—, cuando en el calabozo de Newgate, donde me habían encerrado injustamente los jueces de Su Majestad Jorge IV, estaba escribiendo acerca de la verdad de nuestra religión revelada en las Escrituras y en la naturaleza, entendí que los profetas escuchan la palabra de Dios, que a ellos les llega de una forma tre-

menda, un trueno en los oídos, y para comunicarla a los demás se vuelven del otro lado, se dirigen a los que han permanecido al pie de la montaña, mirando hacia abajo como el reverendo Blunt desde el púlpito cuando predica en la iglesia de la cárcel, y la repiten, pero ésa, al pasar a través de su boca, llega abajo amortiguada, deformada, ya no es la palabra de Dios, sino la de otro. Y eso mismo es lo que me sucede cuando me salen al encuentro las palabras con las que trato de contar mis vicisitudes; me parece que ya no las reconozco, ni las palabras ni las vicisitudes. Quién es el que me tira a la boca esas bolas de barro, bahía bojkot revolución, palabras, tartas en la cara, qué sabor tan raro tienen, no adivino lo que es, más vale engullirlas, tragarlas enseguida... Sir George, el iluminado gobernador de nuestra colonia austral, dijo una vez, con un tono benévolo, que mis aventuras le parecían increíbles e incluso yo empiezo a tener dificultades para creérmelas; cuando lo pienso me dan arcadas, quién sabe la cara que pongo cuando siento su peso en el estómago.

Está lloviendo desde ayer, una lluvia incesante que percute en las hojas de los eucaliptos y los helechos, tersas y brillantes en el aire oscuro de humedad, una infranqueable muralla de agua, al otro lado de la cual está todo, los rostros, las voces y los años... También Istria, allí arriba, está al otro lado, en otro mundo, es raro lo bien que me parece verla desde aquí, cercana, como cuando se mira desde la orilla de Bárcola, pero después desaparece, se disuelve... Había muchos cisnes negros, aquel día que remontamos con la *Lady Nelson* el estuario del Derwent River, hace un siglo, quizás dos, bandadas de cisnes negros en el cielo, y de vez en cuando mataba uno. La carne tenía un sabor acre, silvestre, les tiraba algunos trozos a los galeotes encadenados que habíamos venido a descargar mientras estaban mastigando sus galletas. Los muelles del Derwent River estaban cubiertos de matas de hierba mojada y resplandeciente, cascadas y cataratas de agua blanca como la nieve caían a chorros en el río formando un polvillo de agua que reverberaba al sol, troncos

podridos que se atascaban en los recodos de agua marrón de la corriente, algún que otro canguro desaparecía en la espesura. Allí donde ahora se encuentra Hobart Town estaba la selva con todo el hervidero de su desorden, la luz se colaba y desaparecía como los pájaros en la enramada, las setas y los líquenes trepaban por gigantescos árboles milenarios.

Y allí, en aquella bahía, en Risdon Cove, fue donde desembarcamos, donde desembarcamos a los galeotes; y así es como nació Hobart Town. Recuerdo perfectamente el día, el 9 de septiembre de 1803. He ido a comprobarlo en mi autobiografía y me satisface que esta fecha esté consignada con exactitud, demuestra la escrupulosidad y el esmero del autor. Hobart Town, primera colonia civil y militar y primera penitenciaría de la Tierra de Van Diemen. Sobre todo penitenciaría. Toda ciudad nace de la sangre; no en balde poco después se produjo la matanza de Risdon Creek, quién sabe si entre los indígenas exterminados habría alguno de los que aquel primer día subió desnudo a la *Lady Nelson* para cambiarnos su lanza por un cisne asado.

Lo digo por decir, porque luego a nadie le ha interesado saber cómo ocurrieron de verdad las cosas; incluso nuestro reverendo Knopwood hizo la vista gorda. Sobre estas cosas, quiero decir, sobre las matanzas, todos hacen siempre la vista gorda. Lo mismo que hizo Nelson, cuando continuó bombardeando durante horas y más horas mi Copenhague después de que la flota danesa, bloqueada en el estrecho, hubiera sido hundida; la ciudad devastada y en llamas había izado la bandera blanca y el almirante Parker en persona, el comandante inglés, había dado la señal de alto el fuego. Pero Nelson se acerca el catalejo al ojo vendado, mira la matanza con el ojo equivocado, cerrado, ve sólo negro, ninguna bandera blanca, I'm damned if I see it, las bombas continúan cayendo sobre gentes que ya no se defienden, luego siguen todas las ceremonias de la rendición, almirantes y dignatarios con sus uniformes de gala, espadas entregadas y magnánimamente restituidas, la venda es

cómoda, ayuda a hacer la vista gorda, a cerrar un ojo a la carnicería.

Matanzas aquí abajo y allí arriba, la aurora boreal y la austral anuncian un idéntico sol de sangre y todos venga a magnificar el día que nace, que se fastidien aquellos para quienes ya no nacerá. El sol del porvenir... La Historia, enseñaba el Partido, o mejor, la sanguinaria prehistoria en la que vivimos y viviremos hasta que la revolución final no redima al mundo, tiene la trágica necesidad de combatir la barbarie con medios bárbaros. Y así ya no se entiende quién es el bárbaro, si Tito o Stalin, si nosotros o ellos, si Nelson o Bonaparte. Éste acabó sus días en Santa Elena —hice escala allí más de una vez— y yo, rey de Islandia, he acabado aquí, no sé muy bien dónde. «Tranquilo, basta que lo sepa alguien, no importa quién sea, alguien que haya oído hablar del viaje y del desastroso regreso.»

Quién habría dicho entonces, cuando desembarcábamos aquí a los galeotes, que muchos años después yo también llegaría aquí encadenado, igual que ellos —es un decir, encadenado, a mí las cadenas no me las pusieron ni siquiera a bordo del barco que transportaba a todos aquellos desdichados desde Londres hasta aquí abajo, yo a bordo del *Woodman* estaba prisionero, pero hacía de cirujano y comía con los oficiales. Pero no habría creído jamás que un día volvería a Hobart Town de esa forma, como presidiario, cuando fui yo quien arponeó en la bahía la primera ballena que se cazó y mató en aquellas aguas desde el día de la creación. Las ballenas tenían predilección por aquella bahía; venían a jugar y a chapotear creyendo que era todavía la aurora del mundo, el bendito tiempo de los orígenes en que no había ningún arpón que temer, y en cambio los arpones se hincan, desgarran y hacen chorrear sangre desde un tiempo inmemorial. El mundo es viejo, todo es viejo; incluso los aborígenes cada vez menos numerosos son decrepitos, una raza que habría tenido que desaparecer ya en los tiempos del diluvio. La naturaleza se distrajo, pero llegamos nosotros para corregir su distracción.

Continué arponeando ballenas también a bordo del *Alexander*, que regresaba a Londres desde Hobart Town –nos costó casi veinte meses, porque en el Cabo de Hornos nos encontramos con un viento de mil demonios que nos desvió de la ruta, obligándonos a navegar tres mil millas más de lo previsto y a pasar por Otaheiti, por Santa Elena y a lo largo de las costas brasileñas, en un océano que no se acababa nunca. Ahora la lluvia lo oculta todo, chuzos de agua apretados como una empalizada y largas hojas pendulantes de eucaliptos oscurecen la vista del mar, pero el mar está allí detrás, ilimitado, un inmenso atardecer que desciende sobre las cosas –en cambio, de niño, en Copenhague, cuando iba a ver los barcos a Nyhavn, el viento entre las jarcias que sacudía las banderas, el olor salino y aquella luz azul celeste parecían una despejada y fresca mañana, que te hacía sentir deseos de escaparte de casa.

Ya sé, doctor, ya sé lo que dijo el joven Hooker, que intenta patéticamente seguir a su ilustre padre por las sendas de la ciencia, en particular por las de la botánica. Que hablo por hablar y que las suelto gordas, demasiados canguros y demasiadas ballenas, y el Cabo de Hornos doblado también demasiadas veces, y luego el plagio. ¿Pero a quién he plagiado?, ¿al libro de su padre sobre Islandia? Aparte del hecho de que si acaso es él quien se valió de mi diario inédito y azarosamente desaparecido, nadie mejor que yo, que tuve que sufrir por ello injustamente, sabe lo vana que es la acusación de plagio. ¿Hay tal vez algo que no lo sea? De todas formas, si entonces me decidí a escribir mi historia fue porque no me parecía justo, tal como advertido desde el principio encomendándome humildemente a la misericordia de Dios y al ánimo caritativo de los lectores, que, aquí está, «que mis tristes pero instructivas vicisitudes descendieran sin el consuelo de las lágrimas a las tinieblas de una larga noche silenciosa...».